

CONGRESO INTERNACIONAL «ARTE Y FE» (Salamanca, del 25 al 29 de abril 1994)

En Salamanca, «la más bella ciudad» según el entusiasta Lope de Vega, se ha celebrado durante los días 25 a 29 de abril el Congreso Internacional «Arte y Fe», patrocinado por *Las Edades del Hombre*, un vasto programa de exposiciones del patrimonio histórico-artístico de la Iglesia Católica en Castilla y León, que viene despertando un interés generalizado en España y en el exterior en los últimos años.

El episcopado de la región, integrado en la Junta de Gobierno de *Las Edades del Hombre*, al lado de profesores universitarios y de la banca regional del Duero, Caja de Salamanca y Soria, encomendó la organización del Congreso al Comisario de las exposiciones, D. José Velicia, y a una Comisión de la Universidad Pontificia bajo la autoridad del Rector Magnífico. La programación y dirección del congreso se confió al profesor D. Adolfo González Montes, catedrático de Teología Fundamental y director del Centro Ecuménico Juan XXIII.

1. OBJETIVO: DIALOGO ENTRE LA FE Y LA OBRA DE ARTE

El programa ha estado fundamentalmente orientado a un diálogo entre la fe y la obra de arte en cuanto tal; es decir, la obra de arte considerada como expresión de la fe e inspirada por ella, con el propósito de ver en qué medida no solamente la fe ha inspirado el patrimonio histórico de la Iglesia, que hoy es el patrimonio cultural de una región y de un país como España, altamente representativo de la cultura cristiana, sino en qué medida la fe puede seguir inspirando o está inspirando de hecho la creación artística.

Desde ese punto de vista, el Congreso se había propuesto varios objetivos:

Interesar en la relación entre el arte y la fe. Precisamente porque en el arte, en el patrimonio histórico-artístico, tenemos la

expresión cultural más valiosa en referencia a la cual incluso se ha labrado la identidad histórica de un pueblo; de lo que la fe misma, con su enorme poder personalizador, ha sido capaz de hacer: generar una cosmovisión, crear unas formas de vida y expresar ambas cosas en una plástica y en una arquitectura que operan como criterio de identidad de la fe.

Todo ello no considerando que es algo ya pasado, que es una época cerrada, sino que tiene vigencia en unas nuevas coordenadas: las de nuestra sociedad con un contexto muy definido, el de la secularización moderna. Teniendo en cuenta que ni se ha agotado la experiencia religiosa que genera el arte, ni la capacidad de la fe para modelar la experiencia religiosa y conducir ciertamente a creaciones artísticas en las que se medie y se proclame la propia fe cristiana; y de esta manera testifique ante el hombre moderno su propio valor redentor, que es, en definitiva, el *summum* de su propio valor humanizador.

Además de estos grandes objetivos se propuso otros de orden más práctico como: interesar a los eclesiásticos, a los responsables de patrimonio, a los constructores de iglesias, a aquéllos sobre quienes recae la responsabilidad que les confían los Obispos de crear espacios sagrados para la celebración; interesarles en las nuevas orientaciones que han de tener las iglesias diocesanas, para que la política de construcción de templos, la plasmación figurada de los misterios de la fe, etc., encuentren fijeza, aquel buen hacer que requiere la expresión de la fe adecuada al hombre de nuestro tiempo.

Persiguiendo estos objetivos, el Congreso ha estado metodológicamente bien pensado. Tres ponencias por la mañana y una vespertina, acompañada esta última de una larga mesa redonda. En ésta incluso se buscaba la misma participación de los ponentes, teniendo en cuenta el siguiente orden: primero participaban los ponentes de la mesa, después los ponentes de la mañana y tarde, y finalmente los ponentes de otros días y el público asistente. Había, pues, un orden de intervención bien definido y debidamente moderado, que ha permitido una metodología activa y participativa contribuyendo a un mayor enriquecimiento y puntos de vista.

2. LAS TRES FASES DEL PROGRAMA

a) La Plástica

Se concibió en *tres fases*: La *primera fase* se centró en la *relación entre la obra de arte y la fe cristiana* con especial atención a la *Plástica* (pintura y escultura) creada por la inspiración religiosa,

que venía a constituir el marco teórico del Congreso. Aquí se sitúa la interesante ponencia inaugural: *Fe, arte y cultura: el arte sacro entre la tradición religiosa de la cultura y la sociedad secularizada de hoy*. La había preparado Mons. Francesco Marchisano, Presidente de la Comisión Pontificia para los Bienes Culturales de la Iglesia y de la Comisión de Arqueología Sagrada, pero debido a un infarto que sufrió días antes, hubo de leerla el Nuncio de su Santidad en España, Mons. Mario Tagliaferri. La articuló su autor en *dos partes*: en la *primera* se centró en el análisis de la cultura y el culto, palabras de proximidad semántica. La cultura es —dijo— lo que le permite al hombre penetrar en la belleza y en la verdad de las cosas mediante una introspección que se acerca a la capacidad creadora. Y el culto es el esfuerzo progresivo del hombre por vivir en el mundo y en el tiempo de Dios, para ser edificado como templo suyo, para transformar el mundo en liturgia cósmica y ser alabanza de su gloria. Cuando la cultura se autoexamina y se adentra en su propia profundidad, encuentra sus orígenes litúrgicos, es decir, la proyección de aquel encuentro con el mismo Autor de la verdad y de la belleza que el culto ha tratado de alcanzar y tocar, elevándose hacia Él, donde el hombre iluminado alcanza las cimas eternas en expresión de San Gregorio Palamas. Subrayó que nuestro tiempo está marcado por la exigencia de no confundir el plano de la actividad humana, que el hombre realiza mediante las energías creaturales de las que está dotado, con el plano de las actividades que brotan y son exigidas por la misma fe. Y que el Vaticano II deploró que no se respetara «la legítima autonomía de la ciencia» como causa de una actitud perniciosa para la fe. Por ello la cultura tendrá que ser respetada en su propio estatuto, que exige fidelidad al método de cada disciplina, de cada ciencia y de cada arte. Debe quedarse en una esfera previa al culto, pero debe estar atenta a lo que el culto aporta al corazón del hombre.

En caso contrario el hombre camina hacia lo que el teólogo ortodoxo Evdokimov llama «la noche de las rupturas»; es decir, el hombre se negaría a sí mismo la posibilidad de trascenderse y de llegar a la fuente de la verdad y de la belleza; su conocimiento se separaría de la contemplación, poseería un saber fragmentado y un arte desintegrado. Si el hombre se cerrase a ese misterio no sólo le faltaría un sector de verdad —el de las verdades transcendentales—, sino que serían la misma cultura y la misma verdad sobre el hombre las que se empequeñecerían; porque el hombre perdería no sólo los reflejos que provienen de la adoración de Dios, sino también la profunda maravilla de sí mismo, cuando se puede descubrir en el misterio de Cristo. La fe, y su fuente sacramental que es el culto, le permite a la razón humana trascenderse sin desnaturalizarse y a la vez encontrarse con el Misterio.

Servir a la cultura y al arte significa servir a la epifanía de la verdad que se expresa en la belleza; elevar la persona humana al misterio escondido en la materia del cosmos y en la mente del artista para que el hombre mismo descubra, o al menos perciba, su esplendor. Si hay un campo donde fe y cultura puedan fecundamente acompañarse para elevar la condición humana éste sería el sector del arte. El artista toma en el cielo del espíritu sus tesoros, revistiéndolos de palabras, de colores, de formas, de accesibilidad (Pablo VI), coincidiendo la aspiración a la belleza con la búsqueda del Absoluto y del Infinito. Volviendo a la revelación y a las fuentes litúrgicas, donde la fe ha recogido y reunido las experiencias más profundas del Misterio de Cristo, saltará en el artista la chispa de la irrupción de lo divino en el corazón del hombre.

En la *segunda parte* se centró en la cultura a la búsqueda de sentido y la fe a la búsqueda del hombre, puesto que la situación del hombre en el mundo contemporáneo, de hecho, parece que se encuentra lejos de las exigencias objetivas del orden moral, y también de las exigencias de la justicia y, todavía más, del amor social. En suma, una interesante ponencia para poner en marcha el Congreso.

En esta fase se estudia la plástica, la escultura y de hecho todo el problema que plantea la figuración de lo misterios de la fe; la representación de Dios mismo y de los misterios de la fe. Se consideró en primer lugar si la tradicional plástica cristiana, que es figurativa, es la única posible o realmente el arte abstracto ha aportado o no una plástica distinta a la expresión de la fe cristiana. De todos modos había que arrancar de la crisis en la que está la iconografía en estos momentos con el cambio de cosmovisión de la sociedad moderna y teniendo en cuenta, naturalmente, la secularización del mundo actual. Fueron ponentes *Santiago Sebastián*, de la Universidad de Valencia, especialista en iconografía y fundador de la revista *Traza y Baza*, dedicada a investigaciones iconográficas. Se situó en una perspectiva histórica. La crisis padecida por el arte actual ha tenido un efecto purificador. La imagen es un camino hacia Dios y ha de servir de intermediario. Hay que huir de la actitud del pasado; el arte sacro debe hablar a los hombres de esa generación. Por otra parte había un problema teológico importante: *La legitimidad con que la Iglesia representa a Dios y a los misterios de la fe*.

En este sentido se analizó la trayectoria de los cánones del II Concilio de Nicea (789) a hoy por parte del ortodoxo norteamericano *John Erikson*, profesor de H.^a de la Iglesia, de la teología y los cánones. Y naturalmente se había de explorar filosófica y teológicamente la relación que hay entre expresión artística y revelación divina. *Alfonso López Quintás*, de la Complutense de Madrid, expuso la fecundidad formativa del arte y crisis religiosa, subrayado el poder formativo que tiene el arte de calidad,

auténtica escuela de formación. Es fundamental que los artistas comprendan por dentro la enorme riqueza de la experiencia religiosa, fuente enorme de inspiración y de fecundidad artística. Impresionó mucho *Günther Rombold*, de la Universidad de Linz, con su ponencia *Signos de la Transcendencia en el arte moderno*.

En este contexto hubo *dos mesas redondas*: la *primera* abordó *el carácter figurativo del arte cristiano* moderada por *S. Sebastián*, en la que intervinieron *J. de Avalos* (escultor), *P. Farnés* (liturgista), *Venancio Blanco* (escultor), *Zacarías González* (pintor), *Stanley Tigerman* (arquitecto). Se plantearon varias preguntas: si hay en realidad un arte cristiano actual, si es figurativo, si se da divorcio entre la estética cristiana y el arte actual etc. A la primera, todos unánimemente lo reconocieron. *Avalos* afirmó que existirá siempre a pesar de que es muy difícil hacer arte religioso y de las dificultades de comunicación que los artistas tienen dentro de la Iglesia. El arte cristiano debe ser un arte para comunicar con el Otro. Por ello el artista tiene que ser un hombre profundamente religioso y su arte claro y sencillo. *V. Blanco* subrayó que el arte, por naturaleza, es cristiano. Porque «el artista es un servidor de Dios». Respecto a la segunda, *Avalos* dijo que la figuración es un arte que entendemos todos y que el simbolismo no es lo más necesario en la Iglesia, sino la figuración con calidad; también para *Zacarías* la pintura abstracta no es adecuada para la Religión, no puede narrar y, por ello, el arte cristiano tiene que ser realista por fuerza. Para *V. Blanco*, sin embargo, el arte abstracto ha cumplido una misión y por ello sigue pensando y creyendo en el arte contemporáneo. *Sebastián* dijo que el arte cristiano es por naturaleza figurativo, puesto que es figura y símbolo, no retrato, y responde a un lenguaje comprensivo. Para *López Quintás* el icono es vehículo viviente de una presencia y debe fundar una presencia con el realismo de imágenes. *Avalos* puntualizó que ha hecho arte no figurativo pero que lo ha abandonado, porque tenía que ser fiel a sí mismo y que no ha encontrado gran devoción en iglesias donde el arte figurativo no existe. Y *Zacarías*, por su parte: «yo me voy —dijo— a mis cristos de Zurbarán». Algún profesor asistente subrayó que el pueblo se identifica más con Dios en el realismo; y otros que la Iglesia tiene que asumir que también se pueden hacer discursos con los gustos contemporáneos y asumir la posibilidad del arte abstracto, y que ambos lenguajes son posibles.

No menos interesante resultó la *segunda* mesa moderada por Monseñor *Braulio Rodríguez* (Obispo de Osma-Soria) que trató sobre *Pasión y muerte de un mundo histórico y expresionismo del arte plástico en Castilla y León*. Fueron ponentes *A. Pedrero Yéboles* (pintor), *L. Díaz Castilla* (pintor), *O. González de Cardedal* (teólogo) y *D. Gómez Crisaleña* (pintor).

b) La Arquitectura

La *segunda fase* tuvo su centro de interés en la arquitectura y todo lo que lleva consigo: la obra por excelencia de la Iglesia cristiana que es *el templo*. Y no solamente desde su propia funcionalidad en orden a la reunión de la asamblea, sino teniendo en cuenta también lo que el templo es como plasmación estético-sacramental de la propia fe. Por tanto, había que poner en relación plástica y espacio sagrado teniendo en cuenta que el espacio es para la asamblea y al tiempo para la celebración de la asamblea con las distintas áreas de realización de los misterios de la fe en la celebración cristiana. Desde este punto de vista el templo era una pieza suculenta. Había que partir de la política de templos existente tanto en la región del Duero como en general después del Vaticano II: si se pueden o no seguir haciendo catedrales, qué hacer con los nuevos espacios destinados a templos. ¿Estamos ante la necesidad de una política de templos que disimule la presencia de los espacios sagrados en los locales comerciales que ofrece el urbanismo de las ciudades contemporáneas? ¿Ha de tener o no una significación especial la propia realidad del templo en su materialidad exterior?, etc. Eran análisis obligados y naturalmente había que intentar conjugar también la relación entre plástica y arquitectura de una manera objetiva concreta viendo realizaciones que hay, qué gusta y qué no, qué se ha hecho y qué falta por hacer, etc.

Fueron *cinco* interesantísimas ponencias las destinadas al estudio de los varios aspectos:

El prof. *Stanley Tigerman* (de la Universidad de Chicago) estudió la renovación moral de la arquitectura y defendió valientemente la tesis de que realmente la Revelación es la que debe inspirar los principios morales que han de transformar el urbanismo; y si esto no se percibe en las construcciones de iglesias mediante la expresividad exterior, es que la Iglesia ha perdido su norte. *Chueca Goitia*, de forma muy amena, se centró en una *arquitectura sagrada para una sociedad restaurada*. *Ramírez Vázquez*, de Ciudad de Méjico y autor de la nueva basílica de N^a S^{ra} de Guadalupe, disertó sobre *creación de espacios arquitectónicos para santuarios de masas*. *Pablo Puente*, de Valladolid, autor de los montajes arquitectónicos de las exposiciones de *Las Edades del Hombre*, se ocupó de la *secularización de los espacios sagrados, plástica abstracta y sensibilidad religiosa del pueblo*. *Joseph Filke*, de Bremer-Haven, autor de significativas construcciones sagradas en el norte de Alemania, en las que combina la funcionalidad con la significatividad representativa y sacramental del arte cristiano, expuso su visión sobre la arquitectura moderna: *espacio celebrativo y plástica*. A su juicio las iglesias deben transformarse en espacios luminosos, pero no fríos, donde el cristiano tenga recogimiento y paz. Deben irradiar calor, pero no

sentimentalismo, siendo lugar propio de la comunidad primordial, esto es: del pueblo de Dios. A continuación intervino el plástico alemán y extraordinario artista *H. Gerard Bucker*, pintor y escultor de Vellern/ Westfalia, exponiendo parte de su interesante obra.

En suma, la jornada dedicada a la arquitectura estuvo pivotando en esa tensión entre quienes pretenden una realización de un tipo de templo más esplendoroso, más llamativo y quienes defendieron una actitud acorde con una especie de pérdida de las iglesias en la sociedad moderna. De la síntesis de ambas posturas se pudo obtener alguna conclusión provechosa: que ciertamente hay que modificar, de algún modo, la política de construcción de templos de los últimos años practicada en tantas diócesis. El templo ha de tener un carácter significativo adecuado al urbanismo de la sociedad moderna, pero que represente también una quiebra de sus propios vicios y una llamada al mensaje que encarna. En ningún momento se defendió el retorno a la monumentalidad de los templos, pero sí más expresividad exterior, siendo evangélicos a la vez que funcionales, de la que carecen hoy los bajos habilitados para templos, que han proliferado en las últimas décadas en España, de tan mal gusto en ocasiones y carentes de valor sacramental.

Dos interesantes *mesas redondas* completaron las ponencias. Una moderada por el prof. *Julían López Martín* (teólogo liturgista de la Pontificia de Salamanca), dedicada al *espacio arquitectónico, iconografía y celebración sagrada*. Abordó una serie de cuestiones complementarias, fijándose en la finalidad litúrgica de la arquitectura o en el espacio destinado a la celebración. El análisis del espacio celebrativo se hizo tanto desde el punto de vista de la comprensión simbólica del lugar litúrgico, la iglesia, el presbiterio, la nave, el bautisterio, el altar, la sede, el ambón, etc., como desde el punto de vista funcional de tales lugares conforme a la normativa de los actuales libros litúrgicos del Rito Romano.

Sin añorar lujos ni expresiones triunfalistas de la fe, se pidió, secundando al Vaticano II, que todo lo destinado al culto fuese digno, elegante y bello, como signo y símbolo de las cosas celestiales y, en particular, que los lugares de la celebración fuesen «idóneos para seguir las acciones litúrgicas y lograr la participación activa de los fieles». Treinta años después del acuerdo entre Pablo VI y los artistas, que auguraba una nueva y fructífera etapa para el arte contemporáneo, hay que confesar que se ha quedado más en los propósitos que en las realizaciones aunque el diálogo sigue abierto. En la última *Instrucción* de la Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos de 1994 se dice: «La celebración litúrgica se enriquece por la aportación del arte, que ayuda a los fieles a celebrar, a encontrarse con Dios, a orar. Por tanto, también el arte debe tener libertad para expresarse en las iglesias de todos los pueblos y naciones, siempre que contribuya a la belleza de los edificios y de los ritos litúrgicos con el

respeto y el honor que les son debidos y que sea verdaderamente significativo en la vida y la tradición del pueblo. Lo mismo se ha de decir por lo que respecta a la forma, disposición y decoración del altar, al lugar de la proclamación de la Palabra de Dios y del Bautismo, al mobiliario, a los vasos, a las vestiduras y a los colores litúrgicos. Se dará preferencia a las materias, formas y colores familiares en el país» (n. 43). Contribuyeron a esclarecer los varios aspectos Mons. *Pere Tena*, Obispo auxiliar de Barcelona, *Pablo Puente*, arquitecto y *B. Reymond*, teólogo reformado.

En la otra mesa, titulada *Arte, fe y sociedad* y moderada por *J. Plazaola*, catedrático de estética en la Universidad de Deusto, intervinieron brillantemente *Rovira Belloso*, conocido teólogo barcelonés, y *Rodríguez Paniagua*, catedrático emérito de Historia del Arte de la Pontificia.

c) *Música, cine y literatura*

1) La Música

Por lo que se refiere a la música, es evidente que después del Vaticano II la enorme crisis que atravesamos es hoy tan patente que no cabe ni discutirla. El retorno al *gregoriano* no es posible en el sentido de un retorno nostálgico a un pasado de la Iglesia. Pero la reducción del gregoriano a pura estética religiosa tampoco es viable. Por lo mismo, es un problema y un reto cómo mantener los valores musicales del pasado al tiempo que expresar en el contexto de los nuevos gustos estéticos musicales un canto sagrado nuevo. Hoy se está abandonando un canto que ha sido fundamentalmente catequético y no celebrativo, juvenilista —no sólo juvenil—, que ha aceptado el paradigma de una sociedad que hace de la juventud el criterio absoluto de la vida por ser funcionalidad, fuerza, belleza y utilidad. La falta de peso religioso del canto juvenilista con el que hoy se hacen las celebraciones sagradas su sensiblerismo facilón y exento de valor religioso y musical es extraordinariamente preocupante. Hay, pues, una serie de problemas que están ahí y que había que analizar, qué pasa con la polifonía, si es posible una nueva o no, etc.

Wolfgang Gramer, organista y musicólogo de excepción, abordó en su ponencia la relación entre la música profana y el canto sagrado; trayectoria histórica y estado actual. Fue una bella ponencia. Hizo una historia de la música analizando qué es sagrado y qué no, qué es profano y qué sagrado, qué es religioso y qué litúrgico y lo fue ilustrando con la propia historia de la música. Fue una maravilla. Hubo, además, una interesante mesa redonda sobre la música sagrada en la actualidad que moderó el prof. *Ruiz de La Peña*, teólogo de la Pontificia; intervinieron *W. Gramer*, *F. Palazón*, compositor religioso, *M.ª A. Virgili*, musicóloga de Valla-

dolid y *D. García Fraile*, musicólogo de la Universidad de Salamanca. *Palazón* se preguntó qué tipo de música pretendió el Vaticano II y si lo que se canta hoy en nuestras iglesias es precisamente lo que pretendía llevar a cabo la reforma propuesta por el Concilio. Dijo que ha habido música carismática que ha empobrecido los hábitos musicales de nuestros templos y que, además, no ha arrancado la pretendida participación de los fieles. La música sagrada debe poseer perfección de formas y santidad; es decir, debe ser artística, bien construida y emanando del texto sagrado, pues sólo cuando el texto sagrado es punto de partida, la música es auténtica. Y debe estar al servicio de la comunidad real, teniendo en cuenta las capacidades y el nivel cultural de cada asamblea. Ha de ser sencilla, algo pegadiza para la liturgia y si es bella, sublime, etc., mejor. Pero no debe ser nunca fea, monótona e intrascendente. Su misión es acentuar el sentido del texto, haciéndolo más inteligible, más persuasivo y expresivo. Una música que no supere la prueba elemental de una correcta acentuación —dijo— no deberíamos admitirla en nuestro repertorio. Es muy importante conocer lo que los fieles aprueban o rechazan respecto a los diversos géneros de música. A veces es bueno optar por una digna sobriedad, potenciar los momentos de silencio; pues no es más rica una liturgia porque tenga muchos cantos, sino una mayor intensidad religiosa y participación. El gregoriano, a su juicio, no debe volver como solución, pues nunca estuvo en la iglesia, fuera de las comunidades religiosas. No fue nunca una música para el pueblo. Y la polifonía no debería desaparecer pues enriquece las celebraciones. Terminó pidiendo a los compositores que sacrifiquen el afán vanguardista al componer para el pueblo, adaptándose a la sensibilidad del pueblo sencillo.

García Fraile tuvo una intervención deliberadamente polémica en algunos puntos, al referirse a la legislación de este siglo. Afirmó que sin la música no se puede celebrar integralmente la celebración de la Palabra y que tiene función sacramental y que es un auténtico rito, como un sacramento, que se inserta en el corazón del acontecimiento litúrgico. Afirmó que la música tiene un lenguaje único y que el texto puede canalizar la sacralidad. En el futuro el pluralismo tiene que darse, porque lo hay en la cultura. El repertorio tradicional tiene función aún hoy. *Virgili* dio un ligero toque de optimismo en su intervención. Dijo que es absolutamente necesaria la formación del clero, que con su sensibilidad sepa transmitir al pueblo el valor de la música.

Gramer subrayó que el compositor de música religiosa tenía que conocer bien la tradición y valorarla. Eso nos lleva al futuro. La música tiene que ser expresión del hombre, del tiempo y de lo que se mueve en el tiempo. Y por eso la comunidad es el sujeto de la música. Y habrá siempre una música africana, española o alemana.

2) El Cine

Por lo que hace al cine, *Antonio de Gregorio*, director de cine, abordó en su ponencia la sociedad secular y el cine religioso; de la hagiografía y de la crítica de la religión a la pérdida del cine teológico que fue seguida con mucho interés. Se completó la visión con la mesa redonda sobre *literatura, cine y religión en España hoy*, en la que participaron *José Luis Cuerda*, director de cine, *F. Garrote*, de la Universidad de Salamanca, *Miñambres Sánchez*, de León, *Luis Urbez*, director de la revista de crítica cinematográfica «Reseña». *Cuerda* expuso su teoría estética y su relación con la fe, repasando la historia del supuesto cine religioso español. *De Gregorio* defendió que el arte es una forma de verdad, expresada en términos extremadamente nuevos y que la creatividad del hombre debería ser respetada y defenderse al artista aunque parezca blasfemo. *Urbez* abogó por un tipo de cine religiosos en el que no sea necesario aparecer como tal, pero que trate los interrogantes de la vida humana; que se hable del hombre en toda su verdad, que hable de ejemplos permanentes de la acción de Dios en la tierra y que patentice el profundo agujero que deja en la vida humana la desaparición de la religión. En fin, se puso énfasis en la mesa en la crítica de la religión. Y se descubrieron muchos paradigmas de crítica de la religión anclados en el pasado que perviven en la gente, manipulada interesadamente por prejuicios faltos de objetividad

3) La Literatura

El análisis literario, al fallar a última hora el poeta *J. Siles* que debía abordar el tema *Creencia y palabra*, recayó únicamente sobre el prof. de literatura *Nicolás Miñambres Sánchez*, de León, que abordó el *interés religioso de la literatura española hoy*. Fue haciendo un elenco muy ilustrativo de lo que hoy es el sentimiento religioso y la relación con la fe, la crítica de la religión y la adhesión a la Iglesia en la poesía y novela contemporáneas, de una manera brillante. Concluyó diciendo que «estoy convencido de que el sentimiento religioso ha fructificado en muestras de acendrado lirismo, por mucho que éste haya tenido que sustentarse en muchos casos sobre los escotes y sombras del dolor humano»; y que este sentimiento «presenta una vitalidad superior a la que ciertos sociólogos se empeñan en atribuirle. Cosa bien distinta es la forma elegida por los poetas para expresarse. Los tiempos cambian y, con ellos, la sensibilidad y las formas».

3. CUESTIONES ESPECIALES

Hubo también unos temas especiales por la trascendencia que tienen como es la *presencia de la obra evangelizadora de España en América*, que corrió a cargo de *Gabriel Guarda* OSB, Abad del Monasterio benedictino de la Santísima Trinidad de Santiago de Chile. Abordó brillantemente la inspiración religiosa española del arte en Hispanoamérica. Y a *Xabier Pikaza*, de la Pontificia salmantina, correspondió analizar la *relación entre movimientos de piedad y canon estético religioso*: cómo unos determinados movimientos alientan una plástica, figuración y arquitecturas determinadas de la fe y cómo otros cultivan otros cánones estéticos. Tituló su estudio *La belleza cristiana: experiencia bíblica y estética cristiana*, estructurándolo así: palabra sin imagen: el arte de la escucha; estética de la palabra: el ser humano como imagen de Dios; el arte narrativo: Dios hecho lenguaje; Jesús de Nazaret: belleza de Dios, salvación para los pobres; arte de hablar: parábolas del Reino; Jesús icono de Dios: el arte de la vida (en el que se abre un camino nuevo de estética humana y en adelante el arte cristiano se centrará en el rostro para dar sentido y hondura al encuentro humano y crear comunicación, que es lo que quiere todo arte cristiano); *estilo protestante*: el arte de la palabra; *estilo ortodoxo*: el arte de la celebración y del icono; *estilo católico*: arte universal y misionero con una serie de notas hasta el momento: tendencia didáctica, arraigo popular, sentido triunfalista, gloria de los santos, la humanidad sufriente, la belleza del ser humano representada, sobre todo, en los iconos o imágenes de María. Dijo que la estética católica hoy —desde hace más de un siglo— está en fase de experimentación y que hay signos de retroceso, de vuelta hacia un pasado que podría convertirse en fuente de nuevas energías, pero con poca novedad inspirativa. Todo eso es bueno porque si se cortan las raíces del pasado se puede perder el presente. Pero es, al mismo tiempo peligroso, si se hace de manera reactiva, como parece suceder en ciertos ambientes. La mejor forma de mantener la fidelidad al pasado es la de volverse creativos en el presente. Pero esto exige que:

1) El arte ha de ser *signo de encarnación*: Dios se ha hecho humano en Cristo; humanamente ha de mostrarse, por medio de un arte que explora de forma creativa, los caminos e ideales de la auténtica humanización. Todo lo que va en línea del valor de la persona puede y debe asumirse en perspectiva de estética cristiana.

2) Ha de ser *misionero* en el sentido más profundo del término: palabra abierta hacia los hombres y mujeres de este tiempo, invitación al encuentro con Jesús, lugar de comunicación.

3) El arte cristiano *debe inculturarse* en cada momento y lugar de la historia. No hay un modelo único de belleza, no hay una forma única de comunicación. Quedando en el centro el rostro humano, haciéndose palabra abierta hacia el misterio del Reino,

en clave de encuentro interhumano y esperanza, es suficiente. Todo el resto debe explicitarse en cada lugar en gesto de creatividad generosa, libre y compartida.

4) Todo el arte ha de abrirse *hacia los pobres*: no hay arte elitista en la Iglesia; no hay belleza que se pueda cerrar en unos pocos virtuosos o expertos. Hablando de Cristo, en el campo del arte verdadero, la más honda palabra, la figura más bella, es la que puede y debe abrirse a todos, creando espacios de comunicación universal.

5) El arte cristiano expresa la nostalgia y, de alguna manera, la *comunicación universal*. Todos los hombres podemos entendernos a través del lenguaje universal del amor que se traduce en formas de belleza intensa. Y en este sentido el arte es misionero de futuro: es buscador de nueva humanidad. Todos los salvados (Ap 21,22) pueden cantar como novia enamorada el gran himno de belleza a Cristo, Esposo de la Iglesia.

4. CLAUSURA

La ponencia de clausura correspondió a *Giancarlo Riccio* sobre el *arte sagrado y de inspiración cristiana en el panorama cultural actual*. Es Diputado del Centro de Patrimonio Mundial de la UNESCO. Y el discurso de clausura corrió a cargo del Obispo de León, D. *Antonio Vilaplana*, Presidente de la Comisión de Patrimonio de la CEE. Monseñor *Martínez Acebes*, Arzobispo de Burgos, por su parte, pronunció las palabras finales. En la apertura habían intervenido ya el Rector *Sánchez Caro*, el Director A. *González Montes* y Monseñor *Delicado Baeza*, que en un erudito discurso trató de explorar la relación fe-arte y fe-cultura.

En suma, el Congreso ha llevado a cabo una reflexión que en estos momentos era absolutamente necesaria y ha dejado en todos los participantes una muy buena y magnífica impresión. Se han tocado todos los puntos más importantes y el problema capital: el de la crisis actual en referencia a la sociedad. A buen seguro la publicación de las actas, con tan ricos puntos de vista, constituirá un hito y será un libro de consulta obligada. Según el Director, *González Montes* «los objetivos se cumplieron con creces: en primer lugar, se ha hecho una reflexión que era necesario llevar a cabo y que no se había hecho en décadas; en segundo lugar, el talante interdisciplinar del Congreso ha conseguido interesar a muchos que están al margen del desarrollo de la vida eclesiástica e incluso eclesial; en tercer lugar, la asistencia ha tenido una participación aceptable».

Ahora hace falta que –como pidió el Dr. *Tigerman* de Chica– tan enriquecedora e interesantísima experiencia, se prolon-

que cada dos años en otros lugares de América y Europa. Mas no queremos concluir esta crónica sin detenernos aún en la que podemos llamar *razón ecuménica* de este Congreso.

5. DIMENSION ECUMÉNICA

Aunque el Congreso Internacional «Arte y Fe» no ha pretendido ser en cuanto tal un congreso ecuménico, sin embargo, con gran acierto, los organizadores han querido tener en cuenta la dimensión ecuménica del tema que afrontaba, dándole el mayor realce posible con las intervenciones de *John Erikson*, *Bernard Reymond*, *Stanley Tigerman* y *Jerôme Cottin* con el que se contaba y no pudo asistir.

En este sentido la ponencia *La representación plástica de lo divino como problema teológico. De los cánones del II Concilio de Nicea (789) a hoy* fue absolutamente capital. Corrió a cargo del teólogo ortodoxo Erikson, perteneciente a la comunidad rusa norteamericana del *St. Vladimir's Seminary* de Nueva York, abordando el asunto bien complicado a lo largo de la historia de la teología cristiana de la legitimidad de la representación de Dios y de los misterios de la fe. Estaba por medio la postura de los iconoclastas o enemigos del culto a las imágenes que aparecen en el Imperio bizantino durante los siglos VIII-IX, bajo León III y Constantino V Coprónimo. Consideraban éstos que los misterios de la fe no se podían representar por ser contrario al primer precepto del Decálogo (Ex 20,4). La argumentación contra este punto de vista viene apoyada, sobre todo, fundamentalmente en la encarnación del Verbo. Ciertamente Dios es irrepresentable, pero desde el momento en que la humanidad de Cristo es el icono de Dios, se puede representar a Cristo. Ésta fue la gran argumentación ortodoxa contra lo que se llamó el *hesycasmo* o movimiento de los partidarios de una obscuridad o tiniebla divina que ocultaba la realidad propia de Dios y le hacía objeto de la fe más allá de toda representación humana. La gran polémica del hesycasmo encontraría su definitiva solución en los cánones del II Concilio de Nicea, aunque el problema se prolongará históricamente hasta la época de San Gregorio Pálamas. Inspirado por éste, el movimiento hesycasta afirmaba la ineludible mediación de la presencia divina en la realidad creada, y por lo mismo en la imagen. Pero retrocedió ante el humanismo incipiente y el temor al riesgo de que los iconos perdieran la dimensión sacramental y reveladora, que para ellos reivindicaba la teología de la presencia del Indecible e Increado en la «luz tabórica», que le hace visible en la creación y la imagen. Oriente se resistió de esta forma a la evolución de las formas, mientras que Occidente optaba por seguir el curso de sus crecientes variaciones estéticas, en un singular esfuerzo por reconciliar humanismo y religión.

Por otra parte, tenía una clara dimensión ecuménica la presencia del teólogo reformado *Bernard Reymond*, Director del *Instituto Romand de Pastorale* y Decano en la Facultad de Teología de la Universidad de Lausana (Suiza), un teólogo que cuenta con escritos de interés que abordan las relaciones entre la Arquitectura, la Teología y el Misterio de la fe cristiana. Intervino en la mesa redonda sobre *Espacio arquitectónico, iconografía y celebración sagrada*. Y es que la postura hesyca en gran medida ha sido prolongada en la tradición reformada protestante con la destrucción de las imágenes y el desmonte de los retablos de los templos, alcanzando a la misma celebración litúrgica con la suspensión de los ornamentos litúrgicos y el ceremonial medieval. La palabra es la capital en el mundo de la Reforma. La única categoría estética posible que medie la revelación divina es la palabra y, por tanto, el lenguaje. Se había invitado, como he dicho ya, también al teólogo Jérôme Cottin, que pretende con toda legitimidad recuperar la representación icónica. Eran, pues, dos intervenciones que tenían una clara connotación ecuménica y la pretensión de equilibrar los puntos de vista católicos.

No faltaron, además, ponencias como las aludidas de *Stanley Tigerman*, judío no cristiano, de Chicago, que abordó *La renovación moral de la arquitectura*; o la de Gabriel Guarda, de Santiago de Chile, al que, al tratar de la inspiración religiosa española del arte en Hispanoamérica y al presentar el fenómeno de la inculturación, se le invitó ante todo a que pusiera de relieve cómo la imagen, la alegoría, que representa la fe en imágenes, medió en América la proclamación del Evangelio; lo que fue de gran interés para los protestantes asistentes al Congreso.

También tuvo interés ecuménico la ponencia de *Wolfgang Gramer*, *La música y el canto sagrado. Trayectoria histórica y estado actual*, puesto que la liturgia ortodoxa es incomprensible sin el canto; y la reformada es, ante todo, reiterativa y meditativa y ha desarrollado la polifonía y los grandes oratorios de los clásicos con el propósito de provocar la meditación de la Palabra, alternando la proclamación de la Palabra con respuestas que son oraciones que a veces son arias, coros, etc.

En fin, la combinación de los elementos del templo en la estructura sacramental del mismo, también ofrecía otro campo de reflexión ecuménica por cuanto es más que el mero lugar de la audición de la palabra: es el lugar de la *representación* del Misterio proclamado en ella y en ese sentido el punto de vista católico y protestante tenía su interés.

En suma, la dimensión ecuménica del Congreso ha quedado patente con la intervención de las figuras mencionadas pertenecientes a otras iglesias que han participado en este importante esfuerzo de reflexión y profundización sobre las relaciones arte y fe desde su propio patrimonio teológico y eclesial.

He de señalar, finalmente, que, una vez celebrado el Congreso, el teólogo reformado Bernard Reymond ha enviado una carta al organizador del Congreso, profesor Adolfo González Montes, en la que valoraba la semana como excelente y hacía a la par una serie de indicaciones sobre el mismo tales como: que, por la ausencia de interlocutores españoles no católicos, daba la impresión de que el ecumenismo no sea del todo en España una realidad que se impone día a día, ya que los católicos, sociológicamente, no se confrontan a diario con otras confesiones a las que es necesario ofrecerles respuestas adecuadas. Manifiesta su sorpresa por la destacada presencia e intervención de la jerarquía de la Iglesia castellano-leonesa y la apelación a las enseñanzas pontificias y del Vaticano II, que no fueron puestas en cuestión, dando la sensación de enseñar más que de oír a los artistas y levantar acta de las causas por las que los artistas miran con recelo a la Iglesia y sus enseñanzas. Por lo que hace a la metodología, el Congreso, a su juicio, ha definido los términos de los problemas y ha buscado que los artistas se acomodaran a ellos, resultando un procedimiento apodíctico y deductivo. Los teólogos debieran esforzarse por situarse deliberadamente como agentes interactivos de los artistas, pues de otra forma no podrán jamás ser interdisciplinares.

Obispos y teólogos han pretendido —a juicio de este cronista que informa— dar con los elementos de la Revelación que deben salvaguardarse en cualquiera de las representaciones estéticas, poniendo de relieve cómo esos elementos que encuentran mediación en el arte son aquellos mismos que, gracias a esa mediación, han de cumplir la función sacramental. Esto significa hacer presente justamente la acción salvífica y divina en el mundo. Las declaraciones del Vaticano II pretenden poner de relieve aquellos elementos de la Revelación —como es el hecho de la encarnación divina, la presencia de Dios en el mundo y su mediación en los elementos mundanos e históricos—, núcleo del contenido revelado, para que se tengan en cuenta y se vea que la Iglesia no pretende de ninguna manera interferir en la creatividad de los artistas, de los cuales ella necesita. Ciertamente las formas estéticas, como todas las realidades mundanas o terrestres, son ambiguas en sí mismas y requieren también ser incorporadas al proceso de liberación y purificación del propio mensaje evangélico.

El Congreso, pues, ha enriquecido a unos y otros y puede prestar un buen servicio a la Iglesia y a la sociedad. Por ello las actas serán editadas y el lector podrá juzgar el valor de los materiales que contienen. En el ambiente quedó el deseo compartido de que este importante comienzo de investigación interdisciplinar sobre arte y fe tenga su continuación internacional en nuevas iniciativas.

ANTONIO LUENGO VICENTE
«I.B. García Bernal»
Salamanca